

EL REINO.

PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID: Oficinas de este periódico, y en las librerías de Bailly-Libre, plaza del Príncipe Alfonso; Publicidad, Pasaje de Matheu, y Moya y Plaza, Carretas, 8.

MADRID: En la Administración, un mes 12 rs., tres meses 32, seis meses 60. — Por los comisionados: un mes 14 rs., tres meses 36, seis meses 70.

Año V.

Este periódico se publica todos los días, por la tarde, excepto los domingos.

Sábado 29 de Agosto de 1863.

Redacción y Administración, calle de Preciados, núm. 57, cuarto bajo.

Núm. 1179.

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores de provincia cuyo abono termina en fin del presente mes, se servirán renovar oportunamente para no experimentar retraso en el recibo de nuestro diario.

OTRA.

Con el fin de evitar extravíos en las cartas que contengan sellos de franqueo para pago de suscripciones, suplicamos a los que las remitan se sirvan certificarlas.

DESPACHOS TELEGRAFICOS.

DEL EXTERIOR.

Paris 27.—Hay noticias de Nueva-York que alcanzan al 15. La Gaceta Montreal anuncia que el gobierno de Washington hace preparativos para invadir la colonia inglesa del Canadá.

Berlin (sin fecha).—El príncipe Constantino ha ido a San Petersburgo para asistir a un consejo.

Paris 28.—Hay noticias de Veracruz. El primer cuerpo de ejército marcha al Potosí, donde está Juárez con 15,000 hombres.

Miramos ha vuelto a entrar en Méjico con algunos miles de aventureros reclutados en el Estado de Tejas.

Son numerosas las adhesiones a la forma de gobierno imperial; pero los pueblos querían un príncipe francés.

En Veracruz hace pocos estragos el vómito.

Lemberg 27.—En Ucrania ha estallado una gran insurrección entre los campesinos, pidiendo la unión de su país a Polonia, pero sin la dominación de los nobles.

Rusia hace regresar las tropas del Cáucaso.

Hamburgo 27.—Dicen de Kiev que los insurrectos reconstruyen fortalezas en Galitzia cerca de las fronteras de Volhynia y Podolia.

Craovia 27.—No pudiendo el gobierno ruso cobrar las contribuciones, se sustraen por medio de la fuerza armada.

Bruselas 27.—Taczanowski ha derrotado a los rusos en Kutso y Poddebica y en el palatinado de Kalish. Desmintense las ejecuciones de Marzewski y Dabrowski. Fabulski y Sipowies han sido ahorcados en Wilna.

Berlin 27.—Ocupanse los círculos diplomáticos de la destitución del gran duque Constantino, que se cree inminente.

Frankfort 27.—Ayer se entregaron a los representantes de las ciudades libres y a los ministros de Negocios extranjeros las resoluciones de la Asamblea de diputados sobre la cuestión alemana.

El art. 6.º ha sido admitido según propuesta de Austria.

Paris 28.—Quedan el 3 por 100 a 67-85; el 4 1/2 a 96-70; el interior español a 00; el exterior a 00; la diferida a 00, y la amortizable a 00.

Londres 28.—Quedan los consolidados de 93 1/2 a 5/8.

SECCION OFICIAL.

PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

S. M. la Reina nuestra señora (Q. D. G.) y su augusta real familia continúan en el real sitio de San Ildefonso sin novedad en su importante salud.

MINISTERIO DE LA GUERRA.

Circular general.

Habiendo regresado a esta capital el mariscal de campo D. Joaquín Riquelme y Glez., la Reina (Q. D. G.) se ha servido disponer que vuelva a encargarse de la subsecretaría de este ministerio.

De real orden lo digo a V. E. para su conocimiento.

FOLLETIN.

BELLA-ROSA.

NOVELA POR M. AMADEO ACHARD.

(CONTINUACION.)

—¿Queres pasar el Rhin?

—Sin duda.

—¿A caballo?

—¡Toma!

—Pero eso es imposible! exclamaron dos o tres de los nobles.

—Venid conmigo, y vereis como es posible.

—¡Vamos! dijeron los otros con la mayor indiferencia.

El señor de Pomereux había ya empujado su caballo colándose al lado de Bella-Rosa. La columna se echó al agua. Iban entre ellos el conde de Saulx, el marqués de Thermes, el duque de Coisling, el príncipe de Marcella, y muchos otros de la primera nobleza del reino. Se percibían a la orilla opuesta tres escuadrones holandeses colocados en batalla; en la torre de Tolhus, los artilleros estaban con las mechas encendidas. Apenas habían entrado diez pasos en el río, cuando La-Deroute se puso la mano en la frente.

—¡Buenol exclamó él; es nada.

Entonces había comprendido la parábola.

—¡Y bien! le dijo Bella-Rosa, ¿eres que el Evangelio tiene razón?

La columna, que se componía de cuarenta hombres, adelantaba riendo todos.

—¡A lo menos, si nos morimos, lo haremos alegremente, dijo el señor de Pomereux.

Los coraceros, más pesados, quedaban un poco atrás; los voluntarios llenos de entusiasmo y bien montados, iban adelante.

Ya iban adelantando teniendo agua hasta la rodilla,

y efectos correspondientes. Dios guarde a V. E. muchos años. Madrid 28 de Agosto de 1863.—Concha—Señor...

SECCION DE PROVINCIAS.

De La Abeja Montañesa, diario de Santander, correspondiente al 26 del actual, tomamos el siguiente artículo que merece ser leído.

Dice así:

«Abriendo el libro del pasado, recorriendo las páginas de lo que hacia hace dos mil años los labradores españoles, lo cual nos cuentan los escritores romanos, Varron y Columela; leyendo lo que nos dicen los autores árabes hasta el siglo XII, y después Herrera en el XVI; examinando lo que hoy está en uso en lo general de nuestra patria, y viendo que se presenta consecuente y sin alteración la marcha establecida desde tantos siglos, casi se tituba creer en la posibilidad de variar esas prácticas seculares, y contra las que se viene predicando siempre, sin que se haya variado en su esencia en lo más mínimo, generalmente hablando. La hoz y la guadaña que usaron en la antigüedad los trabajadores para cortar las mieses; la hoz y la guadaña se viene usando veinte siglos sin interrupción. Una aplicación tan seguida debiera suponer que esos instrumentos, reuniendo la perfección a que puede llegarse en esa faena, nada hay ya que alcanzar a mejorarlos, y los esfuerzos de la inteligencia se estrellan en la bondad y buen uso que prestan.

Desgraciadamente no es así: la hoz, si bien permite al que la maneja dominar el trabajo según las circunstancias, ya sea que la mies esté clara, revolcada, espesa, chica o alta, en cambio la cantidad de agua que el calor y la posición del cuerpo fatiga demasiado; y ya es llegado el día en que necesitando el empleo del hombre para que trabaje más bien con la inteligencia que con las fuerzas físicas, y en lugar de hacer como uno, lo verifico como diez con auxilio de las máquinas, la hoz no satisface, y necesario es que pesados venga en su ayuda. El trabajo rudo del segador debe substituirse por otros elementos que reúnan a la mayor prontitud en la siega, más economía en su ejecución, y sin embargo, que las ventajas sean para el labrador y jornalero en una proporción equitativa.

La guadaña ha substituido y sustituye a la hoz con gran ventaja, no solo porque el trabajo del hombre produce más efecto útil, sino porque a condiciones iguales de saber manejar bien ambos instrumentos, el que trabaje con la guadaña lo hace con más desahogo; no recibe tan inmediatamente el calor que la tierra desde la época de mieses, y en fin, aquel segundo mayor cantidad, gana más y abrevia la operación, cualidad importantísima para el labrador, en un tiempo que de una a otra hora suele depender su ruina. Pero la guadaña no puede usarse para la siega de mieses en los países que el calor seca la espiga y la paja, en términos que las sacudidas hacen que el grano se caiga: solo puede aplicarse, y se aplica, en general, para segar prados, y en particular en el Norte para las mieses también. De esto resulta que el mejor instrumento de segar, entre la hoz y la guadaña, el que más avanza en el trabajo es este último, y sin embargo, su aplicación queda reducida para los países en que dominan las pequeñas labores, cuando sería más ventajosa para aquellos en que un solo propietario tiene que segar de 1,000 hasta 10,000 fanegas.

En esta situación, con la escasez de brazos que muchas causas de todos conocidos distraen de las operaciones rurales, labradores que necesitan 30 y hasta 200 segadores, que no tienen más instrumentos que la hoz, se encuentran afligidos, se hacen concurrencia unos a otros, y sin embargo de elevar el trabajo a un precio poco en relación con su industria, resulta finalmente que llega la época de las lluvias de otoño, y las mieses aún están sin cortar, pues no es el precio el que resuelve un problema que depende de la falta de brazos, que al fin se ha de notar en perjuicio de aquellos que no han querido pagar los jornales caros, o no han encontrado quien le haga la siega a ningún precio, como sucedió el año anterior próximo pasado.

Para resolver cuestión tan difícil, para ocurrir a una necesidad tan apremiante, necesario es que la ciencia de la mecánica venga en socorro del labrador, le facilite las operaciones y le saque de un estado que a muchos ha hecho desistir de continuar en él, pues solo el que por ello ha pasado sabe con angustioso es ver que se pierde el fruto de todo un año de trabajo, y estar en la alternativa de pagar lo que vale, si ha de recoger.

Los mejores aconsejaremos que en lugar de sembrar superficies inmensas, y que por hacer mal y de mala manera los barbechos, etc., sea despeses de cuatro a siete por uno, se labre bien la mitad o la tercera parte, y cogiendo triple, se necesitará la tercera parte de los brazos, se podrán pagar mejor, y el resultado será, a no dudarlo, más útil para todos. Pero como a esto no se aventarán los que no creen coger sino en razón de la superficie ocupada, y no en la de la bondad del trabajo empleado, natural es que sigan las dificultades, crezcan cada día, y llegará un día en que las mieses se corten en cartillitas de mano con una fila de cuchillas que corten la espiga, como se hacía en los tiempos primitivos.

Los que leen estos renglones dirán: ¿y las segadoras

que se han introducido nuevamente, y sobre las cuales se trabaja hace treinta años? ¡No ha dicho La España Agrícola refutando un artículo inserto en Las Novedades, «se necesitan máquinas que reliven del fatigoso trabajo de la siega y que lo hagan con más perfección y economía que lo efectúan los hombres!» En efecto, existen muchas clases de segadoras; y si sabidas ya y conocidas sus ventajas e inconvenientes, se nos pregunta qué debe hacerse, diremos que por hoy, cuando no se está seguro de tener gente suficiente para recoger las mieses con desahogo por falta de brazos, debe seguirse, en nuestro juicio, el método siguiente:

Los que tengan terrenos planos, mieses robustas y derechos, y no necesitan trasportar de un lado para otro la máquina, sino dentro de sus tierras por caminos anchos y francoos, deben tomar la segadora completa de Burges; a los que tengan caminos de explotación estrechos, mieses revolcadas, y que mudan con frecuencia la máquina de uno a otro punto, desarmándola y cargándola en un carro, desde luego les aconsejamos que busquen segadores, pues de este modo adelantará más, compensando los mayores gastos de estos las grandes dificultades que lo otro ofrece. En mieses claras y pequeñas, la hoz es el único recurso. Y en fin, el gobierno, diputaciones provinciales, juntas de agricultura, sociedades y labradores, todos deben a porfía procurar recursos de segadores, ofrecer premios, a los españoles particularmente, a fin de que se obtengan máquinas de segar con las cualidades que nuestro sistema de labor exige.

LA ADMINISTRACION DE CORREOS EN INGLATERRA.

(Del correspondiente de La Iberia en Londres.)

El departamento cuyo nombre sirve de epígrafe al presente número, causa más admiración cuanto más se estudia, en el ánimo del observador. Ninguno de los informes presentados anualmente en el Parlamento británico, es más interesante que el de la administración de correos en este país.

Su maquinaria, complicada al par que simple; las mejoras que recibe constantemente; el aumento de ingresos siempre creciente que produce; las grandes facilidades que da para la correspondencia, y el progreso social que esta expresa, prestan suficiente materia para largas reflexiones sobre las ventajas de una nueva organización departamental, los prodigios que obra el principio de la división del trabajo, y el poder irresistible de la asociación. La multitud de hechos que tengo que consignar en tan reducido espacio, preluden, sin embargo, toda idea de que me llevarían demasiado lejos.

La administración inglesa de correos es eminentemente progresiva, y está incesantemente concluyendo tratados, haciendo arreglos postales y convenios con las naciones extranjeras, para ponerse en correspondencia con las instituciones análogas de otros países y sus colonias, y romper las barreras que el tiempo y el espacio oponen a la libertad de las comunicaciones internacionales que tanto contribuyen a la civilización y el bienestar de la humanidad.

La administración de correos en Inglaterra, es también el Banco del pueblo inglés. Recientemente se ha convertido además en su Caja de ahorros. Las estadísticas anuales de tan colosal departamento del Estado, sirven por lo tanto de barómetro para marcar los progresos que hace aquel en su condición social, su prudencia económica y su disposición a aprovecharse de los medios que le proporciona la filantropía y una política sabia y previsora, con el fin de que mejore su suerte.

El primer hecho que salta a la vista en el informe en cuestión, es el de haber recorrido las Malas inglesas el año pasado a razón de 170,000 millas diarias con la correspondencia pública, dentro de los límites del Reino Unido. Este hecho es suficientemente prodigioso; pero hay otro que le iguala en magnitud, y le excede quizás en importancia.

Además del servicio interior mencionado, hay también el servicio colonial y extranjero, que emplea noventa y seis paquetes y muchos despachos, que distribuyen cartas y periódicos por todos los puntos del mundo civilizado, desde la vecindad de Calais a las remotas regiones de Auklan y la Nueva-Zelandia, entre cuyo punto y Southampton existe una distancia de 15,000 millas más que la extensión del diámetro de la tierra. La distancia recorrida por estos vapores durante 1862, excedieron de tres millones de millas.

El segundo hecho importante, es el del número de cartas distribuidas en el Reino Unido en el mismo año. El informe que tengo a la vista hace ascender estas a seiscientos cinco millones, sesenta y tres millones de periódicos, y catorce millones de paquetes de li-

bro. En esta estadística no están incluidas las cartas enviadas al extranjero.

El aumento de la correspondencia crece anualmente a razón de 2 1/2 por 100 por término medio.

El beneficio conferido sobre el pueblo y la administración, está expresado en el hecho de distribuirse actualmente, en el solo distrito de Londres, más del doble de las cartas que antes de que se redujera a penique el porte de la correspondencia.

El número de receptáculos para recibir tan enorme correspondencia asciende ahora a 14,776. Las capitales de provincia y Edimburgo y Dublin se han puesto en correspondencia diaria con Londres, y la marcha de esta es considerablemente acelerada cada día. Casi todas las líneas férreas conducen una oficina de correos ambulante, y un aparato mecánico para cambiar las balijas.

El director general de correos se ha apresurado a aprovecharse de la nueva línea de paquetes que han abierto los franceses entre Saint-Nazaire y Veracruz, y hecho un arreglo con las autoridades parisienses para que aproveche también el pueblo inglés su línea a Ceilan, Sang-hai y Calcuta. Otra convenio postal ha sido concluida igualmente con la unión de correos alemanes.

Las libranzas de correos durante 1862 ascendieron a 7,587,945; importantes cerca de 1,600 millones de reales.

Los beneficios conferidos al pueblo por estas libranzas, se han hecho extensivos al Canadá, Victoria, la Australia occidental, la Australia del Sur, Queensland, Nueva-Zelandia, el cabo de Buena-Esperanza, Gibraltar, Malta y otras colonias británicas.

Por último, la administración de correos inglesa ha establecido una Caja de ahorros para el pueblo, que paga un dos y medio de interés sobre sus depósitos, y en la cual han ingresado ya 300 millones de reales próximamente. Este establecimiento, bajo la garantía del gobierno, no ha desvirtuado, sin embargo, las antiguas Cajas de ahorros, cuyo capital asciende a la enorme suma de 4,000 millones de reales, o sean tres cuartas partes más de la que representa la economía del pueblo francés.

Tal es en la actualidad la administración de correos en Inglaterra.

Parécenos importante, y que merece ser leído, el siguiente artículo que sobre las cosas de Méjico publica el Times de Londres:

«La república mejicana se ha convertido en imperio, y la corona ha sido ofrecida al archiduque Maximiliano de Austria. Un Estado reconocido como nación independiente durante cuarenta años, ha sufrido la invasión de los ejércitos del imperio francés, y después de la más obstinada resistencia, se ha visto conquistado hasta el punto de poseer los invasores la capital, y están procediendo a arreglar todo a su gusto. No es extraño que semejante conducta se haya considerado un ataque a las libertades de un pueblo y una violación del derecho internacional.

Atención y mucha merced el espectáculo de los soldados de un soberano europeo, que atraviesan el Atlántico, desembarcan en las plazas del Nuevo-Mundo, derriban el gobierno establecido, cambian la forma de este y ofrecen la corona a un extranjero. La conquista de Méjico en la actual época debe fundarse en principios muy distintos de los que se creyeron bastantes en los tiempos de Cortés y de Pizarro.

¿Qué es lo que, sin embargo, puede minorar la violencia del hecho? La situación en que se encontraba el país invadido; y nosotros no vacilamos en afirmar que la república de Méjico ha merecido su suerte. Si cualquiera que sea el resultado de este asunto, los mejicanos no tienen por qué quejarse de Francia, ni les asisten títulos a las simpatías de Europa.

Europa habría hace tiempo condenado esa república. Pero los demás, las intenciones de Francia se conocieron desde que los aliados empezaron a dar los primeros pasos en el territorio mejicano; Inglaterra estimó que no debía ayudarle a llevarlas a cabo, y España apreció las cosas de un modo análogo; Francia se quedó sola y enteramente árbitra de dirigir la guerra en una nación extraña a larga distancia del suelo patrio, y con un enemigo embozado muy cerca, pues tal se mostró a los mis mioses el gabinete de Washington.

Los Estados Unidos no podían ser favorablemente una invasión que amenazaba arrebatarse la presa considerada por ellos como segura. Los Estados azerbaijan en Méjico el fuego de las divisiones intestinas, pues de ese modo creían clavar muy pronto en él su guerra.

Está fuera de disputa que los mejicanos habían probado su impotencia para establecer un gobierno regular. Los jefes respetaban los usos de la civilización más aún que los salvajes de la Nueva-Zelandia.

Preso está todavía el atropello a la legación británica, y el robo de las 100,000 libras esterlinas depositadas allí bajo la salvaguardia del pabellón inglés.

Es absurdo considerar semejante pueblo como cuerpo político. Si hubo partidos legales alguna vez en Méjico, habiábase transformado ya en facciones de bandidos.

Esto no quiere decir que no se diesen batallas entre reaccionarios y liberales; pero estas, si en otro tiempo pudieron revelar cierta nobleza, últimamente no eran más que encuentros de saltadores y asesinos. Tal ha sido el espectáculo que ha presentado Méjico en los posteriores años. La facción que venia no pensaba más que en saquear y asesinar. Primero se hizo con los nacionales, y siguió de paso a los extranjeros.

En vano suponen algunos que el país principiaba a salir de ese estado de horrible anarquía, y que, siguiendo así, habría acabado por constituir un poderoso baluarte contra la ambición norte-americana. Nosotros no vemos nada de eso; y si vemos que de un año a otro Méjico iba a ser absorbido por la república de los Estados Unidos. Sin la guerra entre federales y confederados, tal vez a estas horas Méjico formara parte de la gran república.

De todo lo cual deducimos que los mejicanos no tienen derecho a las simpatías de Europa; que habian merecido lo que les ha pasado, y que si el archiduque austriaco logra regenerar a Méjico, auxiliado por la Francia, Europa tendrá que agradecer mucho a Francia y al príncipe Maximiliano.

EL REINO.

MADRID 29 DE AGOSTO DE 1863.

XXIV.

POLÍTICA EXTERIOR.

II.

Largo periodo de años va trascurrido, durante el cual España no ha tenido un norte fijo para dirigir sus relaciones con los demás Estados del orbe civilizado.

Caminando a la ventura, nuestra política exterior ha sido hija de las circunstancias eventuales, y no ha estado modelada, así en España como en las demás partes del globo, con arreglo a lo que nuestra situación geográfica, la índole especial de nuestro suelo, nuestras costumbres y nuestras tradiciones, de una manera imperiosa exigían y demandaban.

Después de que la potente diestra de los gloriosos Reyes Católicos, doña Isabel I de Castilla y D. Fernando V de Aragón, derribando el último baluarte de la dominación agarena, que cayó a sus piés al ondear sobre las torres de la Alhambra el estandarte de la fe, echaron los cimientos de nuestra nacionalidad, poniendo fin a la obra laboriosa de nuestra reconquista, comenzó para España una serie no interrumpida de hechos venturosos, que desde el uno al otro polo enaltecieron a hielieron temido y respetado el nombre español.

La casa de Austria, inaugurada en España de una manera brillante con el advenimiento al trono de Recaredo de Carlos I, quinto emperador de Alemania, ofreció ancho campo al valor de los tercios españoles, que pasearon victoriosas sus banderas por todas partes, y que marchaban a compás, en las conquistas de las armas, con las que conseguían los sabios de la nación, así en las ciencias como en las artes, como en la literatura, como en todos los ramos del saber humano.

El siglo XVI es el apogeo de nuestras glorias, pero también es el origen de nuestras desgracias, de nuestro abatimiento de más tarde.

La raza austriaca degeneró de una manera visible desde Felipe II, y al llegar a desaparecer con el desdichado Carlos II, la nación se encontraba esquilmada, abatida, y empujada al envilecimiento y a la abyección.

con gran consternación por parte de los holandeses, que nunca podían esperar hallarse con un ataque tan terrible. El príncipe de Condé y el duque de Luxemburgo sacaron sus espadas, y como en aquellos tiempos en que guerreaban juntos contra el de Tur en Flandes, se pusieron a atacar al enemigo.

La fiebre del combate se había apoderado de ellos: el olor de la pólvora se les subió a la cabeza, un grito general de entusiasmo salió del pecho de los soldados franceses. El caballero de Vendome se echó encima de un oficial holandés, lo mató al primer golpe, quitóle la bandera de la mano, y armado con este trofeo, prosiguió su temeraria carrera; el marqués de Anubson quiso seguirle, y cayó, atravesado el corazón por una bala; el duque de Longueville saltó por encima de su cuerpo espirante, y se colocó en primera fila. El señor de Nancrais, Bella-Rosa, Cornelio, La-Deroute y Grippard, formaban un grupo que atacaba a los holandeses de un modo terrible. El señor de Pomereux se hallaba en todas partes donde el combate era encarnizado, eligiendo a sus contrarios, y arrojándose dueños en medio del combate. Cuando se hacia un movimiento cualquiera en un lado, Bella-Rosa dejaba a sus compañeros, corría donde estaba el peligro, y mantenía la superioridad adquirida al principio de la acción. Había reunidos en él la bravura del soldado, y el golpe de vista de un general; le seguían todos con entusiasmo y le obedecían con confianza ciega.

La torre de Tolhus cesó luego de hacer fuego: estaba desmantelada. Las dos baterías del príncipe de Condé volvieron las bocas de las piezas hacia la llanura, donde se veía a los holandeses colocados detrás de las trincheras y de los árboles. El combate se había empeñado, y casi ni aun los mismos jefes hubiesen podido detenerlo ya; a la verdad, ninguno de ellos pensó en tal cosa, y muy lejos de querer contener las tropas, las hubieran animado si hubiese sido necesario el hacerle. Los mismos príncipes de la sangre se batían de igual modo que los soldados de fortuna. La presencia

te joven salta del caballo, y nadando, llevaba en una mano el estandarte y en la otra la espada; el señor de Pomereux que le ve, entra de nuevo en el río, le ayuda a tomar tierra y vuelve al combate. A pesar de todo esto, llegan los coraceros unos después de otros; el señor de Revel, herido y todo teñido de sangre, anima a los soldados, los reúne y da una carga a los holandeses, que empiezan a entrar en dispersión. La-Deroute estaba teñido de sangre. Bella-Rosa atacando siempre. Cornelio y Grippard dando sablazos a derecha e izquierda. El señor de Nancrais había pasado con los coraceros del señor de Revel, y de un brinco había llegado cerca de Bella-Rosa. El conde de Pomereux persiguió a los ingutivos.

—¡Eh! ¡Tontos! Mirad atrás, que os veamos la cara, gritaba medio serio y medio riendo.

Los holandeses se fueron a guarecer detrás de los árboles y parapetos que el gobernador de Montbas, Wurts, había guarecido de infantería. Tocaron las cornetas, y los soldados, dispersos por un momento, formaron de nuevo. Había delante de los escuadrones franceses cuatro o cinco mil hombres protegidos por grandes fosos y por terribles trabajos de arte; y cuando ménos, antes de atacarlos era necesario formar en orden de batalla. Los cañones de las baterías dirigidas sobre la orilla del Rhin tiraban sobre la torre de Tolhus y protegían el paso de los refuerzos.

El príncipe de Condé, no pudiendo contenerse más, se metió en una barca con el duque de Luxemburgo, el duque de Enguien y el duque de Longueville; sus caballos les seguían a nado. Dos regimientos enteros de caballería entraron en el río. Cuando el príncipe de Condé y los que le seguían llegaron a la playa, esta estaba llena de cadáveres. Los escuadrones de Revel, de Pilois y de Bigny, estaban entretenidos contra partidas de enemigos que habiendo salido de las trincheras protegían a los fugitivos y recogían dispersos. Se batían con una furia extraordinaria por parte de los franceses, que se hallaban ser uno en contra diez;

Bella-Rosa y los bravos jóvenes que le acompañaban no se asustaron por la diferencia del número. Apresurando a los caballos, atacaron resueltamente al enemigo el grito de «¡viva el rey!» Sus pistolas estaban mojadas, y por consiguiente solo les quedaban las espadas; pero las manejaban con toda su alma. Por un instante se creyó que aquel pequeño grupo de hombres iba a ser destruido por los tres escuadrones. Pero sucedió lo que acontece muchas veces en estas peligrosas circunstancias; la audacia de los unos intimida a los otros. Los holandeses hicieron una descarga y se desbandaron en seguida. Las patas de sus caballos se dirigieron hacia la orilla, y los cuarenta franceses se echaron en persecución del enemigo, mezclándose, y la acción se hizo terrible.

—¡Estamos entre el agua y el fuego! dijo La-Deroute, cuya cara estaba encendida de alegría.

—¡Y bien! Más pronto extinguiremos el uno que beberemos la otra, respondió el señor de Pomereux, que atacaba encarnizadamente.

La torre de Tolhus, que había desafiado disparar sobre Bella-Rosa y su acompañamiento, hizo fuego sobre los coraceros del señor de Revel, a los que seguían dos escuadrones del Sr. Pilois y dos del Sr. Bigny. Las balas y la metralla corrían sobre el agua, y veíanse desaparecer los ginetes. A los cinco minutos aquello era horrible. Los caballos yafaban en el Rhin, perdían terreno y desaparecían; las filas rotas, los ginetes iban al azar, la vista fija sobre el combate encarnizado que se daba en la orilla opuesta; el río estaba lleno de cadáveres flotantes, heridos que extendían sus brazos hacia el cielo, banderas abandonadas, caballos que luchaban con la agonía. El caballero de Salla, herido por un caso de metralla, saltó de la silla y desapareció en el río; el caballo del conde de Nogent, habiendo caído sobre su amo, se lo llevó consigo, y la corriente se llevó a los dos.

Una bala rasa se llevó la cabeza del caballo de un oficial de coraceros, el señor de Brassalay; este valien-

lla, ya iban nadando teniendo agua hasta la cintura. En el interin los escuadrones del Sr. Revel formaban en la orilla, prontos a marchar a la primera orden.

—¡Hé ahí un soldado determinado! dijo el príncipe de Condé. Miradle siempre a la cabeza.

—¡Oh! ¡llegará, llegará! repetía el duque de Luxemburgo, al cual le faltaba tiempo para echarse él también al Rhin.

En el centro del río, un coracero perdió el aplomo y se lo llevó la corriente; tocó en seguida el turno a un guardia de corps. A diez pasos de distancia el caballo de un voluntario se tumbó sobre el señor de Pomereux, que estuvo balanceándose; pero por un sacudimiento violento el conde hizo dar un brinco a su caballo, herido por un fuerte espalzo, que le hizo saltar por la grupa del que tenía al lado; el voluntario y su caballo fueron llevados por la corriente.

—¡Adelante! gritó el conde.

—¡Adelante! repitieron los voluntarios, levantando las espadas.

—¡Eh! dijo Grippard, creo que somos uno contra veinte, y a más ellos tienen la posición.

—¡Adelantad, y contad despues; ¡este muchacho cuenta! respondió La-Deroute enseñándole al caballero de Vendome, que picaba el caballo con la punta de la espada para hacerle andar más aprisa.

El señor de Vendome tenía entonces diez y siete años. Grippard se afirmó en sus estribos, y abochornado por su observación, hizo como el joven. Al ver aquel pequeño número de hombres que adelantaba atrevidamente contra ellos, los tres escuadrones holandeses bajaron hacia el río y entraron en el agua hasta los estribos. En este momento el príncipe de Condé hizo una señal, y el señor de Revel se metió en el Rhin con sus coraceros; el río se había pasado en más de tres cuartas partes; así, pues, el paso ya no era problemático. —Es un soldado valiente, y si no le matan le presentaremos al rey, dijo el príncipe de Condé al duque de Luxemburgo.





